VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año I | Montevideo, Octubre 3 de 1897 | Núm. 14

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20

Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
A. Julio Botta
Gerente:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Sara de Arteaga

Fotografía de Chute y Brooks

SUMARIO

TEXTO: DESDE CENTROAMÉRICA: JUAN ANGEL (La verdad de «María»)—PLEGARIA DE LÁZARO (Prosa de Zola), prosa y poesía de *Isaías Gamboa*—CARTAS DE FUEGO, por *Francisco Cobos*—A MIS AMIGOS DE INFANCIA, poesía por *Nicolás N. Piaggio*—UN RAYO DE LUNA, por *Laura Palumbo*—¡ALMA, DESPIERTA! poesía por *R. Domínguez*—¡AMOR! por *Cayetano R. Mendoza*—TRES AMOROSAS: INVERNAL, PRIMAVERAL, QUISIERA..., poesía por *Francisco Caraciolo Aratta*—PERSONAS DE MÉRITO, por *Agustín Solla*—BECQUERIANAS, por *Edgardo*—ESPAÑA ANTE LOS SIGLOS (LEYENDA) por *Francisco de Asís Concomines*—UNA AVENTURA CANINA, por *Eduardo López Labandera*—LÉJOS DE LA PÀTRIA, por *Alfredo Thomas*—NOTAS.

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS: SARA DE ARTEAGA, fotografía de *Chute y Brooks*, Nuestros Colaboradores: CAYETANO R. MENDOZA—*Gran puente de hierro sobre el rio de San José*, en el Departamento del mismo nombre (De fotografía)—*Castillo de Piriápolis*, en el Departamento de Maldonado (De un cróquis)—*Barra y balsa del rio de Santa Lucía*, en el Deparmento de Montevideo (De fotografía)—*Monumento de mármol, conmemorativo á la Independencia de la República*, existente en la Plaza de la Constitución de la ciudad de la Florida (De fotografía)—Todos grabados de *Emilio A. Coll y Compañía*.

Desde Centroamérica

JUAN ÁNGEL

La verdad de « María »

Así como es eterna la belleza, hablar de « María » es tocar un asunto que nunca se envejece ni decae. Porque ese libro es un relicario de recuerdos para la generación que se extingue; es la fuente de ternura inagotable para los que se aman, y es, para los que ven alborear la juventud en su horizonte, algo como un presentimiento dulce de dichas ignoradas.

Una niña me decía ayer no más;

—Cuando sea grande tendré una casa linda, adornada con cuadros de un libro que he leído.

—Y cuál es ese libro?, le pregunté.

—Es uno que se llama «María». Una historia muy triste, muy triste. La ha leído Ud? ¿ha oído hablar de una tierra que pintan allí, y que debe de ser encantadora?

Admirada quedó cuando le dije que yo era de allá. Me veía con asombro, como si estuviese dudando, y luego me abrumó á preguntas.

—¿Conoció Ud. á María? Qué dice Efrain cuando se acuerda de ella? ¡Oh no, Ud. no es de allá! —

Preguntas que á menudo se me hacen son las de si el idilio fué ó no verdadero; si existió María; si estará viva. Eran las mismas que yo le hacia á mi maestro don Alcides Isaacs, hermano de Jorge. Pero nunca obtuve una respuesta; él siempre callaba.

Hay en Colombia muchas versiones sobre tal asunto; acaso muy pocos saben la verdad. La mitad de su encanto pierde el libro cuando á uno le dicen que tanta belleza fué ficción; que ese amor no existió en el alma del poeta sino en su fantasía; que no hay una cruz de hierro entre las zarzas del cementerio de una aldea; que no hubo tal dolor.

Pero hay alguien que sabe todo eso: es *Juan Angel*, el negrito que servía en casa de Efrain; el hijo de *Nay*, que debió ser príncipe y que por un capricho de la suerte fué esclavo. En una hacienda del Cauca vive ahora este personaje del libro de Isaacs.

En la correspondencia que recibí hoy de mi tierra, hay una carta en que un amigo mio dice cómo le ha sido presentado *Juan Angel*, y de las preguntas que le hizo acerca de esa historia tan bella y tan triste que « hace llorar al mundo ». El hombre rústico, emocionado, habló de muchos episódios del libro, sosteniendo la verdad del asunto.

Hé aqui el retrato de *Juan Angel*, tal como es hoy:

Estatura regular y más bien grueso que delgado; el cabello propio de su raza, lo mismo que la boca y la nariz; dentadura incompleta; ojos negros de cierta viveza repentina, que luego se cambia en melancolía. No recuerda él su edad. Es de buenas maneras, tímido y franco. Viste pobremente, pero con limpieza.

Este es el hombre que fué testigo de ese idilio santo que interrumpió la muerte. No es, pues, una leyenda lo que tan hondamente nos conmueve. María vivió, amó, y murió. Ya no existe el tipo de « María ».

*
* *

PLEGARIA DE LÁZARO

Prosa de Zola

Señor! Señor! Por qué me has despertado,
Por qué vienes de nuevo
A echar sobre mis hombros esta carga,
La carga de una vida que detesto!
Yo dormía tranquilo
Mi hondo sueño sin sueños;
Y al fin, en las delicias de la nada,
Hallábame contento,
Yo había conocido
Ya todas las miserias de este suelo:
Desengaños y falsas esperanzas,
Traiciones que asesinan en secreto,
Ya yo había pagado
Mi afrentoso tributo al sufrimiento;
Pues que cruzaba el mundo
Sin saber cómo ni por qué, sintiendo
La angustia de vivir; y hoy, Señor, quieres
Que yo pague de nuevo
Mi deuda de viviente, ya pagada,
Y otra vez cruce mi áspero sendero!
¿Cuál fué mi falta para tal castigo?...
¡Revivir, ay, para sentirse luégo
Morir día por día en las miserias
De la carne; tener entendimiento
Sólo para la duda; la impotencia
Burlando siempre nuestros altos sueños;
Tener ojos, no más para las lágrimas,
Y alma para las penas sin consuelo!

Y ya para mí había
Concluido todo esto;
Ya yo había pasado de la muerte
El terrible momento;
Ya yo había sentido
Inundarse mi frente con el gélido
Sudor de la agonía, y retirarse
La sangre de mis venas, y el aliento
Escapárseme en mi último suspiro...
Sí, ya yo estaba muerto!
Y quieres que conozca esto dos veces,
Que vuelva yo á sufrir el trance horrendo...
Señor! pues que así place
A tu alta voluntad, que tu deseo
Se cumpla ahora mismo; sí, devuélveme
A mi tranquilo sueño!
Pero no me condenes á la vida!
¡Oh, la vida tan triste! ¿Qué te he hecho
Para que así me impongas el castigo
Más grande de la cólera del cielo?
Devuélveme mi tumba
Con su reposo eterno,
Dame otra vez lo que ganado había:
La gloria de estar muerto!

ISAIAS GAMBOA.

San Salvador, Agosto 21 de 1897.

Cartas de fuego

Cada vez que la inexperta jóven recibia las cartas del audaz amador, la soberbia cegaba sus ojos, y sin leer las cláusulas fogosas, las pasaba á otras manos, más duras, que tenian autoridad sobre ella. Su pecho era tierno, como los tallos en flor, y el fuego no prendia. El corazón de los padres estaba frio por los años y no era aquel hielo á propósito para avivar el fuego.

Pero el fuego deshiela; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor.

Cada vez que la curiosa joven leia las cartas de su audaz amador, el orgullo hinchaba su pecho, y al compararse con el insistente mancebo, se juzgaba tan grande como pequeño á él. El fuego no prendia.

Pero el fuego derrite; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor.

Cada vez que la vanidosa joven releia las cartas de su entusiasta amador, su pecho comenzaba á sentir la ajitación de lo desconocido y el placer que la adulación provoca; su pecho era tierno, como los tallos en flor; tierno, y como tierno, sensible. El corazón de los padres estaba ya cansado; cansado, y como tal, perezoso para vijilar las astucias de la juventud.

Mientras la inquieta joven recitaba las cartas de su deseado amador, todo su ser temblaba; presa del sentimiento enardecido, gozosa de hallarse amada: el fuego prendia.

Pero el fuego es fuerza, el fuego inflama; y allí donde llega la primera chispa, llega la llama que todo lo consume.

Cuando la atribulada joven escribía á su amante las cartas en que confiaba el secreto de su amor, la alcoba era ya pequeña para ella, rígida la mano de los padres, la voz del deber áspera y ruda; el fuego había prendido; había derretido la soberbia, inflamado la vanidad, impulsado el desliz...

Y cuando la olvidadiza joven abandonó el hogar furtivamente para buscar en el amor contrariado la soñada felicidad, diz que los sorprendidos padres sólo encontraron una carta con estas frases:

El fuego derrite; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor; el fuego del amor lo consume todo.

Mientras el viejo escéptico leia lo que la indiferencia le había escrito, faltó combustible á su hoguera; ó si queréis, á la hoguera de su vida, y como el frio entumecía sus miembros, tomando el paquete de cartas del mundo, dijo resueltamente:

¡Al fuego el mundo!

Pero era, tan sólo, el mundo de las cartas.

La llama fué grande, pero débil, y el fuego se extinguia.

El viejo tomó las cartas de la amistad y las echó á la hoguera, exclamando:

¡Al fuego la amistad!

Pero era tan solo la amistad de las cartas.

Las llamas se dividieron; las unas repelian á las otras, y ellas solas se consumian sin que aprovecharan al viejo. Mientras tanto, la hoguera se extinguia.

Tomando, entónces, las cartas del amor, las arrojó diciendo:

¡Al fuego, al fuego el corazón y el sentimiento y la felicidad engañosa de la vida!

Pero era, tan sólo, el corazón y el sentimiento y la felicidad de las cartas.

Las llamas fueron ruidosas, y parecian inflamar hasta el aire mismo de la estancia; pero fué mayor la apariencia que los efectos, y la hoguera se extinguia.

Desesperado el viejo, echó, por fin, la cópia de sus propias cartas, diciendo como un agonizante:

¡Al fuego con mi conciencia!

Pero era tan sólo, la conciencia de sus cartas, y el fuego se apagó. En su lugar sólo quedó una columna de humo, que escribió en el aire, caprichosamente:

Mundo... amistad... cariño... amor... conciencia... ¡Fuego que se apaga! ¡Humo! ¡Nada!

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires, Setiembre 30 de 1897.

A mis amigos de infancia (1)

Batallo con las sombras ingratas del destino,
Y en esa lucha insólita contra mi propio sino,
Jamás hieren mi frente los rayos de una luz.
En cambio, cien Megeras de tétrica figura,
Diseñan en el fondo de mi visión futura,
Las líneas proyectivas de una pesada cruz.

Sucumbo en el combate, sin fé, sin esperanza,
Sin ver allá en los cielos, siquiera en lontananza,
La aurora de mis glorias, los nimbos de mi paz.
Depongo en la pelea mis fuerzas, abatido,
Dejando á sus rencores un corazón partido
Con lágrimas ardientes que ruedan por mi faz.

Mis lágrimas! acaso me sirvan de consuelo;
Con ellas cuántas veces soñé elevarme á un cielo
Donde aspirar las auras de un diáfano candor.
¡Mis lágrimas en medio de fiestas y alegrías
Ahogando los recuerdos de venturosos días
En que libaba el néctar del paternal amor!

Felices de vosotros que del dolor agenos
Mirais surcar, en medio de piélagos serenos,
La nave mensajera del sol de vuestro ser.
Felices de vosotros, amigos de mi infancia,
Que en las contiendas áulicas seguisteis con cons-
[tancia,
Y como yo en la senda marchasteis del deber.

Amigos, si en mis cantos evoco ese pasado,
Cuando parlero y vivo gozaba á vuestro lado,
Parece que otros mundos contemplo en mi pesar.
Mas ¡ay! esos recuerdos que brotan de mi lira
No apagan de mi seno la devorante pira,
Ni endulzan á mi alma las brisas al pasar...

Callemos los lamentos, sigamos el camino
Con la intuición lejana que lleva al peregrino
Cruzando los desiertos en pos de su ideal.
Mis ayes lanzo al aire, son viento mis quejidos,
Y solo mis hermanos, en el dolor unidos,
Consuelan á mi espiritu con voz angelical...

La senda está trazada; quién sabe encuentre en
[ella
La luz de mis encantos, la celestial estrella,
La que alumbró los sueños de mi bendita fé.
Y entonces cuando surja su luz por el oriente
Marcando en sus destellos un porvenir sonriente,
Entonces con vosotros, amigos, gozarè.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

Montevideo, Otubre 1.° de 1897.

Un rayo de luna

El clarín de la guerra ha cesado... á la vez que sobre las prolongadas lomas de nuestras históricas cuchillas, se elevarán pobres crucecitas perdidas entre los cardales que se extienden en simetria caprichosa, hasta el límite del horizonte.

El pueblo en masa no puede sofocar la inmensa dicha que trajo al alma el abrazo de confraternidad y la calma bendecida que dió á todos, el verde gajo de olivo que la pátria llorosa y enlutada ofrecia á sus hijos. Que jamás vuelva de nuevo á empañar el cielo querido de nuestra pátria, los horrores de la guerra civil. Que los lugares abandonados que guardan los restos de los que cayeron en esa lid, sean en realidad ejemplo vivo que muestren á las generaciones venideras, el respeto sagrado á los que fueron, arrancando sentida oración al corazón piadoso. Entónces es que hablando á solas el alma, reconcentrada en si misma y aplastada por sus propias reflecciones, podrá conocer cuanto vale la libertad legitima y el derramamiento de sangre cuando se cree perdida y se muere por obtenerla. Solo por eso la noche del 12 de Setiembre, la población de Montevideo apiñada en las calles, reia con júbilo, cuando los cohetes y ruidosas bombas estallaban en el aire. La luna de esa noche pudo añadir al libro interesante de su historia, una página, que si bien gastada para muchos, tiene todo el encanto, todos los dulces perfumes que guardan las primeras flores que se arrancan del jardín del alma, abiertas á los primeros rayos que emanan del amor primero...

Daban las ocho y Juan tuvo que abrirse paso entre la muchachada bulliciosa, para poder llegar hasta la casa donde lo reclama un corazón, todo ternura y pureza y que despierta á la vida del amor, entre ilusiones bellas y esperanzas alhagadoras...

Entre tanto Elena, niña de seis años, esclama con alegria de angel cada vez que partiendo el aire, se deshacen los cohetes que llenan de viva luz todas las fachadas, y de pasagera alegria las almas, que no guardando honda pena que pueda servir de valla á la felicidad, se entregan siempre al presente, para reir ó llorar siempre con el rostro. Hénos en el balcón, mostrando grata curiosidad, al mismo tiempo que la luna con su impertinencia disimulada, quiebra alguno de sus rayos sobre unos ojos garzos, que timidos por falta de ensayo, no pueden soportar todo el ardor apasionado de otros ojos que buscan para posarse y leer en el fondo del alma lo que aún los labios no han aprendido á decir, las queridas pupilas que bajas y veladas por largas pestañas oscuras,

NUESTROS COLABORADORES

Cayetano R. Mendoza

trémulas se detienen en su hermanita, buscando en su inocencia la fortaleza que cree faltarle... La niña muy cerquita de su hermana, interrumpe de vez en cuando el dulce coloquio de la joven que ama con timidez y bondad, pero desearia no ser sorprendida en esas legitimas espansiones del alma, brotadas del corazón que ama con ese santo misterio del amor primero...

Es la primera vez que casi entre las sombras y solo á la luz de la luna, sin penas en el alma y sin recuerdos en la mente, se hacía de la noche con todos sus misterios, mundo testigo de un amor que brotado entre vivas simpatias, se ha de llevar al término del ideal soñado, coronándolo con toda la ternura que pueden dar dos almas que engranándose, se funden en una, haciendo desaparecer para siempre las junturas. Seguia entre tanto elevandose la luna pálida, con algo del color de los sepulcros, pues como ella visita hasta las tumbas del alma, trae en su ropaje mezcla de perfumes, vapor de lágrimas, lamentos, blancura de mármol y girones de luto. Nos hace soñar y sonreir cuando viste nuestras ilusiones con el alegre traje de la realidad, á la vez que lloramos cuando derramando en nuestra alma sus rayos plateados á la manera de finisimo polvo de plata electrizada, dá vida á los recuerdos tristes, que duermen en el fondo.

Llevose un rayo de luna de la noche del 12, el rubor encantador de unas mejillas que se colorearon de intenso rojo, una dulce frase de amor sorprendida en los ojos garzos, la alegria de Elena y un suspiro triste arrancado al despertar de un recuerdo intimo, que estremecióse en el fondo de un alma enferma...

LAURA PALUMBO.

Montevideo, Setiembre 30 de 1897.

¡ALMA, DESPIERTA!

Aurora, álzate ya sobre la cima,
de aquel lejano monte;
surge, y llena de luz y de cambiantes
aquel ancho horizonte.

Ave hermosa, despierta; bate el ala
por la region vacía
y canta el himno de tu amor salvaje,
que ya te espera el dia.

Flor cerrada, despliega ya tus hojas
y ábrete á los fulgores
de un sol que te promete con sus rayos
nuevo festin de amores.

Arboles de los bosques seculares,
recobrad nuevo aliento,
y entregaos á los besos voluptuosos
de la luz y del viento.

¡Alma mía! ¡despierta! y en la vida
de la creacion entera
palpita, sueña, rie, goza y vive,
agítate y espera!...

R. DOMINGUEZ.

¡Amor!

¡Amor!

He ahi un problema cuya incógnita está aùn por despejar, y que, no obstante, todos creemos saber su resultado.

He ahi un sentimiento que todos creemos conocer á fondo, á pesar de ser insondable como el abismo.

Todos pretendemos saber los límites del amor, cuando es él, infinito como el espacio.

Todos compadecemos á los que caen presos en sus redes y sin embargo, todos nos prestamos voluntariamente á ser sus cautivos.

Pero ¡ah! ¡cuán dulce es ser cautivo del amor! ¡Cuán delicioso es rendirse á sus dulces halagos!

Qué existe en el mundo que sea comparable al amor? Nada, absolutamente nada. Todo es nimio, todo resulta pálido y sin vida á su lado.

¡Qué sublime es amar! ¡Qué delicioso es sentir vibrar el corazón á impulsos de esa celeste llama que abrasa hasta con sus mas ténues resplandores!

¡Qué feliz es el que ama con el alma y con el corazón!

¡De qué extraño é inefable goce disfruta el que sabe que su corazón late á unisono con el del ser que ama! Sí, porqué el amor, regulariza los latidos de los corazones que se aman, y confundiendoles, hace que dos cuerpos y dos almas se fundan en un solo crisól, en un solo sér!

¡Amor! Palabra que sintetiza el *súmúm* de la felicidad y que encarna en sí, el sentimiento mas hermoso que vive en el humano corazón!

¡Amor! Raudal eterno de divina ventura!

¡Amor! Flor que embelesa con su delicado aroma; único bien que no puede arrancarnos nadie, pues el que lo inspira es el único y absoluto poseedor!

¡Amor! Fuente infinita de placeres! pe-

(1) Esta *versada* que no es más que la expresión de un sentimiento intimo de mi alma, fué escrita y publicada hace más de veinte años. Con varias alteraciones en su forma, la publico de nuevo.

renne reinado de la dicha, himno de célicas harmonías, única dicha perfecta, delirio sacrosanto, sublime sentimiento, olímpica melodía!...

El que ama, el que siente arder en su pecho el sacro fuego del amor, ese es dichoso, ese ha logrado conquistar la suprema felicidad terrenal, ese habita en un mundo extraño al nuestro, en un mundo ideal, donde todo es dulzura, placer, ventura y gloria!...

¡Amor! Vivir eternamente embriagado con ese néctar, he ahí la verdadera dicha, he ahí la realización del sueño de los sueños, he ahí satisfecha la ambición más noble de los mortales!

¡Ah! si pudiera amar! ¡Si pudiera despertar á mi corazón del sueño letárgico que hoy lo adormece! ¡Ah! si pudiera arrancar las espinas que lo atormentan! Pero nó: dejadlo que duerma el triste sueño de los desilusionados; dejad que se cicatricen las heridas que lo martirizan y caigan las espinas que lo dilaceran. Dejad que nazcan para mi amor, las consoladoras flores del olvido; dejad que ellas borren la negra página de mi amargo ayer!

Bienaventurados aquellos que aman y son correspondidos; bienaventurados aquellos que han logrado comprenderse en medio de las tinieblas de esta misera existencia; bienaventurados aquellos que viven aspirando el delicioso perfume del amor!

¡Amor! Sagrada inspiración; nota sublime del celestial concierto de la dicha; hálito divino del Todopoderoso. Candorosa delectación de las almas puras! ¡Bendito seas!

CAYETANO R. MENDOZA.

Montevideo, Octubre 2 de 1897.

TRES AMOROSAS

INVERNAL

Como brazos que crispa la pena
Tuerce el viento las débiles ramas,
Hace gemir, temblando, las hojas;
Y flores, y nidos, y frondas, desgarra......

¡Llueve recio! hilados cristales,
El espacio atraviesan, lo razan;
Y una á una, caen gotas sonoras,
Golpeando en los vidrios, redobles de marcha.

Tu no vienes, mujer que yo adoro;
A alegrar la quietud de mi estancia;
Y al clamor con que invoco tu nombre,
Responden, vibrando, del viento las arpas;

Ven; como sol en tarde brumosa,
Este ambiente grisáceo tú razga;
Triunfadora de dulces hechizos,
Las rosas se entreabren por donde tu pasas.

*
* *

PRIMAVERAL

Nubes, alas de cóndores plomizos,
Surcan, volando, la estensión vacia;
Van ahuytadas por la racha fria,
Apedreadora cruel, de los granizos.

Andáz pampero anuncia los hechizos
De un oriental atardecer del dia.
Y canta el mar la gárrula armonía
De la ola blanca de gigantes rizos.

Todo es azul; y leo, en mi hondo anhelo,
Contemplando la tarde que se pone,
Notas de astros en páginas de cielo.

Y busco un haz de estrellas refulgente,
Para que, virgen pálida, corone.
La estatuaría albura de tu frente!

*
* *

QUISIERA...

Siempre que pienso en el fatal destino
Que mi cariño de tu Amor separa,
Lleva á los dos por desigual camino,
Como hojas que el simún arrebatara—

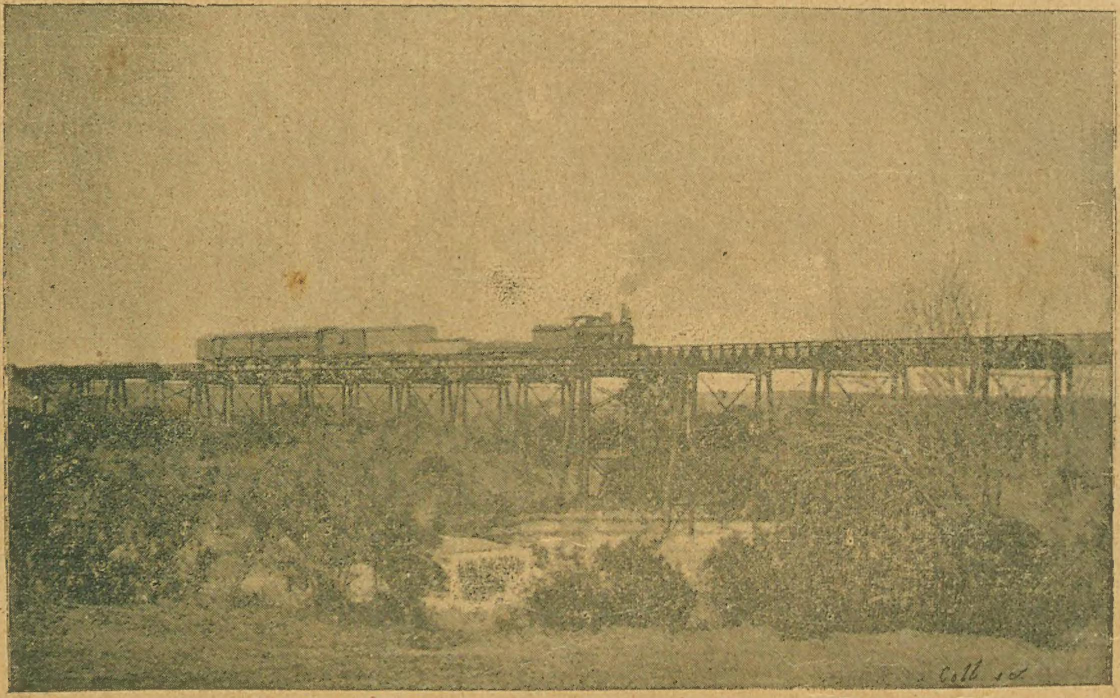
Que solo, para férvido consuelo,
La melodía escucho de tu nombre,
Mira! levanto el puño airado al cielo,
Y ya no tengo más entrañas de hombre.

Quisiera, entónces, que ese mar profundo
Azuzado por látigos de truenos,
Se levantara á inundar el mundo
Y sepultar la Injusticia entre sus senos.

Y quedara, tan solo, en alta roca
De nuestro Amor el divinal hechizo;
Y emerjiera, á los besos de tu boca,
El lindo sol de un nuevo Paraíso.

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Octubre 2 de 1897.



Gran puente de hierro, sobre el río de San José, en el departamento del mismo nombre. — (De fotografía).

Personas de mérito

La ilustración está al alcance de todas las fortunas y todos tenemos ó procuramos tener algo de ilustrados.

Desde el párvulo que asiste á lás bancas de la escuela y se embadurna las narices con tinta, hasta el sábio, que en su amor á las ciencias le dá un baño de espíritu de vino á su señora, todos poseen algo de ilustración.

Los niños se empapan en la Historia Sagrada, y es un gusto oir una barbaridad, dicha por una vocecita infantil.

—Nuestro Señor tenía cuerpo de carnero, dice un niño.

—Y cómo sabes tu esas cosas?—le pregunta el papá.

—Porqué fué el cordero de Dios quien quitó los pecados del mundo.

Y el papá se rie guiñando un ojo, y dice complacido:

—El chico tiene ilustración. ¡Vaya si la tiene!

La literatura es la especialidad á la cual se dedican los desocupados.

Leen, una tras otra, las artes poéticas escritas hasta el dia, y le repiten, al primer conocido que hallan á su paso, todo cuanto han leido.

—¿Sabes dónde vive Silva?—le preguntamos una vez á uno de estos individuos.

—¡Hombre—nos contesta—no conozco á ese sujeto; si tu pregunta hiciese referencia á *Silva*, composicón poética del género de...

—Basta, querido, ya sé que eres persona ilustrada.

Y no hay manera posible de desprenderse de un amigo, amante del género poético.

Las señoritas casaderas son una potencia en asuntos ortográficos.

A otras personas les dá por estudiar los sistemas de cultivo (con perdón de Alvariza).

—Mire usted,—nos decia un cosechero andaluz y tuerto del ojo zurdo—yo tengo hecho un estudio especial en *punto* de horticultura...

Este melón que usted vé aquí, tardó no-

venta y un dias y momentos en madurar, esto es, igual tiempo como el que yo empleé en estudiar la germinación de los frutos.

Hay analogias verdaderamente providenciales.

Un famoso agricultor llegó á descubrir que en los paises donde abundan los filósofos son los más fértiles para el cultivo de las calabazas.

Este agricultor era aleman, y todos los miembros de su familia eran unos calabacines, según la afirmación de los vecinos.

Hay personas que saben mucho, pero no lo quieren decir á nadie; son las manos muertas de la ciencia.

—Si Plácido no fuera tan corto de genio — dice una señora aficionada á galanterias, seria una gran cosa. No pueden ustedes figurarse lo que Placidito vale, aunque me esté mal el decirlo.

En cambio hay seres que dicen cuanto saben, aunque no sepan más que barbaridades. Conozco á un señor, que cuenta con enfasis á todo el mundo, que su señora tenia muy buenas formas cuando jóven, que era muy cortes y muy sociable.

Hay gentes que se dedican á estudios estratégicos y militares.

—Yo seria un gran general— dice un señor baijto y rechoncho, y con cara de fuelle. —Mire usted: con pedacitos de cartón, hice yo, allá en casa, varios de los combates greco-turcos y no me esplico como los griegos se dejaron ganar.

Otros tienen pasión por los estudios geológicos y dicen que estando la tierra compuesta de capas, no aciertan á explicarse el frio que reina en el invierno!

Hay quienes se dedican á estudiar Economía Politica y convencido de que quien más debe menos tiene, piden prestado á todo el mundo.

Señores formales conozco yo, que estudian mucho y le dán un consejo á cualquiera aunque no lo soliciten.

Hay padres de familia que envian á sus hijos al extrangero. Van á ilustrarse, según ellos mismos repiten.

—Voy á Paris, porque quiere papá que me ilustre y que siquiera sepa llevar el frac que me legaron mis sábios abuelos.

—¡Pues hombre, más valdria que te hicieran la ropa de medida! ¡Bonito vas á quedar con el frac de tus abuelos!

Existen muchos individuos que tienen fama de hombres de ciencia, sin que hayan dado motivo para ello.

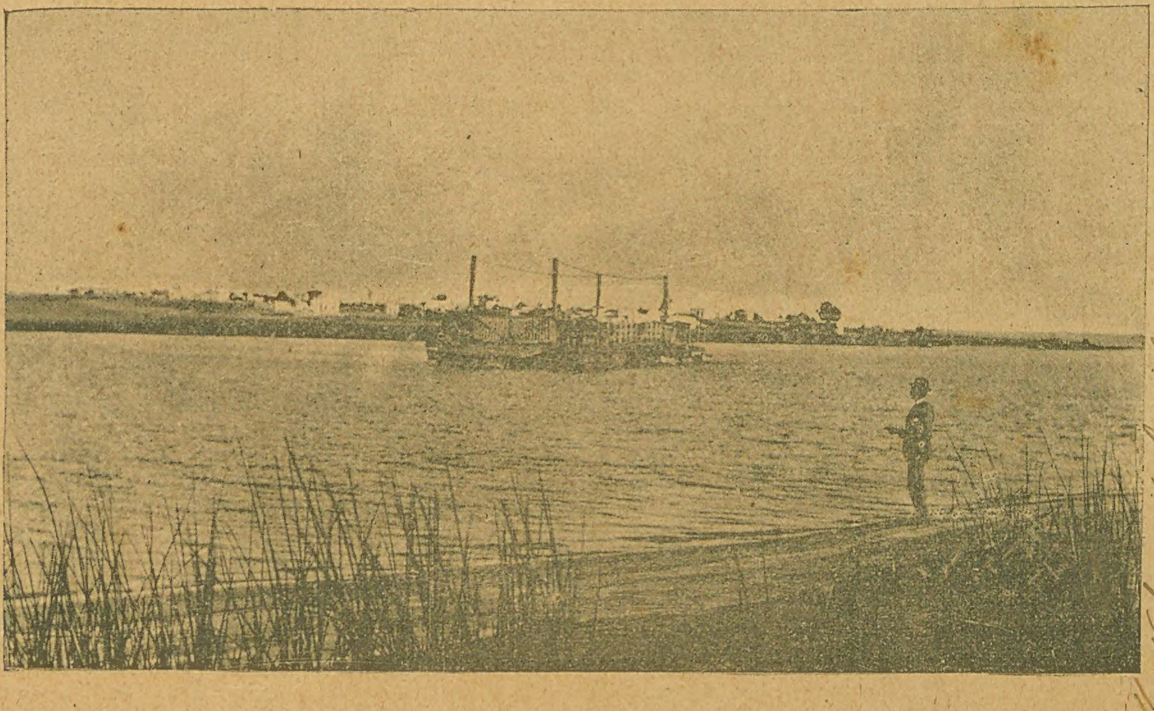
—Mi sobrino Agapito—dice un señor amante de su familia y de las sirvientas buenas mozas—es una persona ilustrada y que ilustra con...

—¿Es dibujante?

—No, señor; es périto, pero, no ejerce el noble sacerdocio de las tasaciones. Se dedica á estudios profundos.

—¿Entonces se dedica al estudio de los abismos?... ¡Me parece que más profundos!...

—Puede ser que sepa algo de eso, porque el chico sabe de todo. Hace unos cochecitos de cascara de melón y unos globos con luces de colores; y unos muñecos de cartón, para



Barra y balsa del Río de Santa Lucía — Departamento de Montevideo — (De fotografía)

mis pequeños, que no hay más que pedir! Mire usted, el otro día, de un zapato viejo, de mi suegra, me hizo una relojera que es la última palabra en materia de buen gusto.

Ahi tienen ustedes, lo que es una persona ilustrada.

El estudio á que nos dedicamos todos es el de la Historia.

Es verdaderamente encantador dar un paseo con Tito ó Vespasiano; decirle una desvergüenza á Cleopatra ó llamarle galopin á un rey godo cualquiera.

Sin embargo de dedicarnos todos á la historia hay excepciones verdaderamente aplastadoras.

—Mire usted—me decia una señorita amiga—yo de historia solo recuerdo que hubo en Francia un rey que se llamó Pepitón el Breve y que el señor de Colón hizo no sé qué cosas con un huevo.

—Pues hija—le contesté—ha tenido usted la virtud de conservar en su mente los dos recuerdos más comestibles de toda la Historia!...

AGUSTIN SOLLA.

Montevideo, Setiembre 29 de 1897.

BECQUERIANA

Volverá la florida primava
La campiña de flores á sembrar
Y otra vez como antes sus corolas
    Erguidas lucirán:
Pero aquellas que yo te recogia
y en tu seno dejabas marchitar,
Aquellas que adornaron tus cabellos
    Esas ¡ay! no volverán!

—

Volverán otras noches de verano,
Y allá bajo las hojas del parral,
De otro amante las ritmicas canciones
    Gozoza escucharás:
Pero aquellas que yo te repetia
Y que tú me enseñabas á cantar,
De aquellas que juntos aprendimos
    De esas ¡ay! te olvidarás!

—

Acaso los recuerde tu memoria
Cuando no pueda yo allí estar,
Cuando lastime el dolor tu pecho
    Talvez te acordarás:
Y entónces las memorias de estos dias
Hermosas á tu mente acudirán
Y entónces del que tanto te ha querido
    Recien te acordarás!

—

Y al buscar las palabras de ternura
Que con deleite solias escuchar
Sentirás el gemido de la muerte
    Flotando en el recuerdo; nada más!
Y entónces hasta el fondo de tu alma
Llena de remordimiento sentiráste,
    «Es cierto sí: Dios mío
    Yo fui quien le maté!»

—

Y por amargo llanto conmovida
Mi sombra con cariño invocarás,
Más no podré acudir á tu consuelo
    Sola te quedarás!
Y al volver tu recuerdo á lo pasado,
Una imájen cariñosa surgirá,
Y entónces esclamaréis enternecida
    ¡Es cierto me adoraba,
    No pudo amarme más!

EDGARDO.

Montevideo, Otucbre 1.° de 1897

España ante los siglos

LEYENDA

I

Surgí del caos genesiaco allá en la noche caliginosa de los tiempos.

Mi primer vagido sonó en las suaves ondas del famoso Eufrates.

Los iberos, los céltas y otros pueblos célebres rodearon mi cuna de nácar y marfil.

Todas las tribus y razas conservan el retrato de mi infancia.

Dicen que era robusta como el cedro del Líbano, bella como un arrebol, gentil como el tallo de una azucena, simpática como el sonrís de una vírgen, alegre como la aurora y erguida como la palma de Gades:

Los ángeles velaron mi sueño inocente y los coros del Empireo me enseñaron á balbucear las primeras notas del pentágrama celestial.

Creci al calor de las tres Gracias, bebí en la copa de las Musas, nutri mi inspiración con los poemas de Sardanápalo, dormí al compás del arpa de David y desarrollé mi musculatura bajo la dirección de Belona.

Iba creciendo anónima, y lloraba á mis solas por un nombre que me singularizase.

—No suspires, dijéronme mis padrinos, reclinados en el césped de los pensiles de Tiro. Hemos consultado al Oráculo de Delfos y vamos á imponerte un nombre glorioso.

¿Quieres llamarte *Setubalia* por veneración á tu abuelo, *Hesperia* por respeto al astro que alumbra tus noches serenas, *Iberia* por alusión á tu principal arteria ó *Hispania* á gusto de los lacios?

—Acepto esos distintivos á falta de uno que realice mis ideales.

—Vamos á ver si acertamos á complacerte con un nombre que indique tu situación geográfica y tus futuros destinos en el torbellino de los siglos. ¿Te halagaria ser conocida por *España?*

—¡Ese, ése es el nombre definitivo que acepto con fruición inefable! Soy feliz llamándome España, esto es, la Señora del Occidente, la de la lengua musical, rítmica y magestuosa.

II

Me recreaba muellemente en el jardín de las Hespérides, cuando las frescas Nereidas del sacro Bétis me anunciaron una visita.

Ceñime á toda prisa mi alba túnica mientras los Céfiros arreglaban mis rizos de ébano y los Génios me calzaban las sandálias de escarlata.

Corrí hacia la fuente mágica de Cibeles y me senté sobre una alfombra de rosas enmedio del bosquecillo, llamado de las *naranjas de oro*, á cuya sombra y recreante aroma esperé la llegada del misterioso huésped.

De repente atravesó el espacio un rayo de luz deslumbrante que inundó el recinto que yo ocupaba. Pareciame que nadaba en el éter. Permanecia extática, cuando una voz potente y aterradora como el trueno sonó desde la altura, y dijo:

—Yo soy Jehová, el Dios Grande, no temas. He fijado en ti mis ojos y quiero manifestarte mi predilección, eligiéndote por *Reina de los grandes destinos.* Aceptas esta encumbrada prerrogativa á cambio de cruentos sacrificios?

—Acepto, exclamé resueltamente con acento agradecido.

—Levántate y sígueme.

Apenas habia dado unos pasos por la vega ancha florida, cuando una sorda conmoción subterránea, un estruendo pavoroso, un ruido parecido al que produciria el choque de los astros entre sí, me llenaron de terror y espanto. Cerré los ojos para no ver el cataclismo, tapéme los oidos y cai de hinojos en ademán suplicante.

—¡Álzate y no te amedrentes! ¿Ves esa enorme mole de aguas, que viene bramando en revueltas cataratas? Pues esa inmensa masa liquida va á inundar la Gran Atlántida y á sepultar en sus insondables abismos, todas las maravillas que encierra.

—¡Qué lástima!

—Ese Océano será llamado Atlántico y lo destino á la separación de dos mundos. Uno de ellos, el de Occidente, permanecerá ignoto hasta que tus naves crucen su tersa superficie y tus hijos claven en él la enseña de tu gloria y el signo de una Redención que ha de venir. Este será el timbre más excelso de tu grandeza.

—¡Cuánta bondad, cuánto amor, cuánta munificencia!

—¿Oyes ese formidable estrépito, semejante al de mil volcanes en ignea labor? Es la entrada triunfante del Gran Mar ó Mediterráneo por el estrecho de Hércules ó Gibraltar, cuyas dos columnas quiero que grabes en el escudo de tus armas.

Ahora bien: pón tu pié derecho sobre el peñón de Gibraltar, el otro sobre Ábila ó Ceuta, extiende este brazo á Oriente hasta bañarlo en el Mar Amarillo, alarga el otro hasta que sientas la nieve de los Andes, yergue ahora tu frente soberana por cima de las nubes hasta que divises los polos del globo. Bien! ¡Cuán bella apareces!

¡Asi, asi debe estar simbolizada la Reina de los grandes destinos!

(Continuará).

FRANCISCO DE ASIS CONDOMINES.

Montevideo, Setiembre 23 de 1897.

Una aventura canina

I

La historia que pasamos á relatar, sucedió, allá por el año de 1895, en la muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe y San Santiago y en una de esas arcas de Noé que blasonan de conventillo.

Estaba habitada la «mansión del barullo» donde se desarrolló la trájica escena que vamos á bosquejar, por una centena de séres humanos y por casi doble cantidad de animalitos de diferentes especies—no incluyendo los ratones y mil bichos más de extraña procedencia.

De dia era aquella casa, algo asi como un hospicio de alienados, pues se oian por doquier, fraces incoherentes, carcajadas sarcásticas y cantos llenos de irónica intención. Esta era la cotidiana labor de los «mayores». En cuanto á la de los «menores» se reducia, simplemente, á romperle el bautizmo á Fulanito y á tirar por tierra el brasero de Menganita, sobre el cual y en una olla, hervia á todo vapor un sabroso puchero, destinado á ser el suculento almuerzo de una numerosa y gastronómica próle.

II

Sonaban las 12 de la noche en el reloj de la Catedral—corte de novela española.—Y en esa hora en que los duendes y los fantásmas hacen su terrorifica aparición, un perro, repudiado de la suerte, penetraba sigiloso y en actitud inofensiva en el grandioso conventillo, teatro de esta relación.

Avanzó nuestro héroe, hasta enfrentarse con la puerta de la habitación de una hija de la ilustre Galicia. La puerta de la pieza se hallaba abierta, pues su moradora asi la habia dejado para poder disfrutar de las frescas brisas que corrian en aquella noche de estio. Asi, pues, nuestro buen perro se coló de rondón en el cuarto de Doña Cándida, que asi se llamaba la ocupanta de aquella pieza.

La habitación de Doña Cándida, era una de esas donde impera el más absoluto desórden, y donde se hallan en loca confusión los muebles de sala con los pertrechos de cocina, los de dormitorio con los de comedor; era, en fin, aquello, un revoltijo sin nombre, donde brillaba por su ausencia la estética y el *savoir faire.*

Prosigámos. Nuestro perro, al entrar en la babel de Doña Cándida, lo hizo con toda mala suerte—como diria un cronista policial —que apenas entrado ¡zaz! tropieza con un mueble de sala, de poco gusto artístico pero de mucha utilidad práctica. Esto es, una mesita trípode, la cual sostenia sobre su «cumbre» un par de floreros de porcelana, tres estatuitas de yeso, un busto de barro representando á Isaac Peral y cien chucherias más, todas ellas «frágiles». Al tocar el pobre cán la insegura mesa, esta viene al suelo produciendo un tremendo ruido y ocasionando la rotura de todo su «sensible» contenido.

Al oir, doña Cándida, el estrépito que produjo la caida de la tal mesita y la rotura de tanta valiosa obra de arte, se levantó incontinente de su lecho y echó á correr, sobresaltada, en dirección al patio. Allí puso á prueba sus pulmones, atronando á los aires con sus desesperados gritos de auxilio. A su llamado acudieron presurosos los vecinos; la mayor parte de ellos á medio vestir.

Al principio la «turba multa» corre de un lado para otro, sin saber á ciencia cierta lo que ocurre, hasta que doña Cándida «hace la luz», diciéndoles que en su cuarto ha entrado un ladrón, el cuál, segun pudo ver á la ligera, vestia harapos y llevaba en su mano derecha un filoso y luciente cuchillo de cabo negro.

Los habitantes del conventillo, armados hasta los dientes, buscaban por todas partes al bandido, mientras tanto las mujeres comentaban el hecho á su antojo, dándole tintes subidos. Una de ellas dice que ha visto, desde su pieza, al ladrón y hasta asegura haber oido un disparo de arma de fuego. Otras más «modestas» se «limitan» á decir que durante el dia han visto á un hombre de siniestra catadura rondando el conventillo. Las más se conforman con decir que han oido los pasos del ladrón al pisar las lozas del pátio. Pero la que bate el *record* de la «guayaba» es una señora rechoncha, con cara de torta pascualina, formas de tonél y vestido súcio. Esta señora—no confundir con el vestido sucio—asegura cosas monstruosas relacionadas con el asesino. Al oir designar tanto detalle, todas las circunstantes tiemblan de miedo.

Por fin, y cuando los hombres, viendo la ineficacia de sus pesquisas resolvian retirarse, sale el «ladrón», de la cocina inmediata al cuarto de doña Cándida y asustado al ver tanta gente parte veloz en dirección á la calle, sin permitirle á ninguno de los furiosos vecinos, el «gusto» de asestarle algun fiero garrotazo.

En vista de esto, los auxiliadores vecinos se retiran á sus moradas, profiriendo palabras de desagrando contra Doña Cándida, por el mal rato que les hizo pasar. Doña Cándida, entre tanto, lamenta á gritos las «irreparables» pérdidas que acababa de sufrir, pues sus chucherias quedaron reducidas á fragmentos. Uno de los muñequitos ha «perdido» un brazo; al otro se le ha quebrado una pierna, y el pobre Peral quedó sin cabeza, en tan singular *debacle.*

III

Al día siguente de la noche en que se desarrolló la anterior escena, yacia tendido en

el suelo y á pocos pasos del conventillo, el perro, autor del infernal barullo de la víspera.

La mano aleve de un Guardia Civil, celoso de su cometido le habia dado la «bolilla». ¡Asi pagó el desgraciado cán, los perjuicios causados en la última noche de su árida existencia!

EDUARDO LÓPEZ LABANDERA.

Montevideo, Setiembre 29 de 1897.

LEJOS DE LA PÁTRIA

Asi se titula una *carta abierta* publicada en uno de los diarios de esta capital y dirijida desde Buenos Aires por el periodista oriental señor Alfredo Thomas.

Por lo que se refieren á uno de nuestros más asiduos é inteligentes colaboradores y á nuestra Revista, entresacamos de la predicha carta los párrafos siguientes:

« Buenos Aires, Agosto de 1897.

«Señor Don Pedro C. Miranda.
«Montevideo.

« Estimado amigo:

. . . .
. . . .

« Y por último lo recuerdo á Vd. paseando como un fardo su neurasténia que nos priva á los amigos de saborear los frutos de su talento, atando los vuelos de su mente é impidiéndole todo ejercicio de gimnasia intelectual.

« Felizmente, obedeciendo usted á sus aficiones, rompe los lazos, las prescripciones médicas que pretenden poner vallas á su fantasia y nos obsequia con producciones que son una joya, telitas de soberbios matices, relatos primorosos, elegantes, distinguidos, delicados como el que acaba de llegar hasta mí, encuadrado en VIDA MONTEVIDEANA—una revista interesante, bien hecha, mejor escrita y que hará camino si todos sus números son como el que, gracias á su galanteria, tengo á la vista con el retrato de Elia Pérez, de esa belleza entre las bellezas de la pátria.

« Usted sabe que no he nacido para critico y que cuando pienso lo hago con entera independencia, sin consultar á nadie.

« Mi impresión, para mí, vale más que todas las del mundo entero reunidas, y la que me ha causado su lindo trabajo—con el que usted ha querido proporcionarme inmensa satisfacción al ver mi humilde nombre sobre tan brillante prosa, fuera de dispensarme inmerecida honra— ha sido de las más gratas que haya experimentado, leyendo las producciones de los jóvenes *amanteurs* de la literatura en nuestra tierra.

« Sobre gustos no hay nada escrito, se ha dicho, y aun cuando no pretendo imponer el mio, que creo poseerlo refinado en este género, diré que creo que su estudio, porque es un estudio, amigo mio, en el que resalta la observación junto con la belleza del lenguaje—gustará á todos como me ha gustado á mí.

« Muy real, muy verdadera, muy *vívida* esa Lise, que yo he tratado en Montevideo y que han conocido y han tratado todos los hombres en todas las sociedades del mundo.

« Pero permítame, estimado amigo, que creo que Héctor no se ha muerto por el cruel desengaño amoroso que sufrió; deje que crea que se quitó la vida por hastio, por pobreza, por rebelarse contra el mundo egoista. Déjeme con mi idea de que si

« no se mueren de amor
las mujeres de hoy en dia »

por amor no se suicidan los jóvenes de este fin de siglo materialote y positivo.

« Y pongo punto final, temeroso de que Vd. como la coquetuela Lise, exclamé: majadero! refiriéndose á su consecuente y agradecido amigo.

ALFREDO THOMAS. »

El Arte en Montevideo

No sé por qué existen tantos artistas que se malogran en mitad de su carrera artística, como esos árboles á quienes les falta la poda oportuna para que broten con más fuerza. Perlasca es uno de ellos. Le ha faltado la buena *poda* de la critica que corrige al artista sin atacar la dignidad del hombre.

Perlasca exhibió dias pasados un cuadro de dimensiones colosales en lo de Maveroff, representando una figura de mujer clásica con una gran corona de laureles sobre las sienes, escribiendo sobre una tabla la simpática palabra: *Pax*. La figura está sentada sobre una montaña de nieve, y deja caer los pliegues de su traje flotante á lo largo, mientras á sus piés, un jóven le extiende una rama de olivas, como diciéndole. *Despues de esta revolucion, hagamos la paz, y cada mochuelo á su olivo!* así, á lo menos lo he oido interpretar por un chusco.

Salvo la cabeza del jóven y parte de un hombro del mismo, que tienen un relieve, un dibujo, y un colorido bien entonado del

Monumento de mármol, conmemorativo á la Independencia de la Repùblica, existente en la Plaz de la Constitución de la ciudad de la Florida. — (De fotografía).

Permítame ¡oh mi patria idolatrada!
la que he pulsado mi modesta lira,
que dedique un recuerdo entre mis cantos
á esta hermosa Florida.

pleinair, lo demás... es mejor no hablar de ello. ¿Qué has hecho Perlasca, de los severos estudios al lado Ferragutti? Aquellas ricas promesas de un talento genial que habias dado con tus primeros cuadros, en esta tu segunda pátria, el expléndido *plafou* de «La Lira», la alegoria grandiosa del *plafou* del «Instituto Verdi», el otro cuadro *Ritoinerá*? las flores, tus riquisimas flores que valian tanto como las de Ripari? no han sido bases graniticas para asentar tu claro critério pictórico y dar firmeza á tu dibujo y pastosidad á los tonos de tu paleta suavemente poética como que toma sus tintas armoniosas bajo el cielo inmensamente sereno de tu amada Suiza... ¿Qué has hecho Perlasca?

No en balde éres admitido en todas las exposiciónes europeas, no en balde te solicitan para decorar iglesias y palacios y exornar templos del Arte.

Hay algo en tu cerebro que vale, que deja en las obras que produces, las huellas de tu talento privelegiado. Vuelve por tu fama oscurecida con ese cuadro último, en Montevideo, manda una de esas muestras de tu Arte encantador, uno de esos golpes de audacia pictórica, en que la nota del colorido suáve de tu paleta, nos dé la sensación deliciosa de la naturaleza de tu pátria, armoniosa como un *tramonto* sobre los olivares que exorman los palacetes de Como, reflejadas sus verdes siluetas sobre el claro espejo de las aguas del lago legendario... Por qué, confio en tu talento, espero, amigo Perlasca.

***

Gutierrez, á quien una enfermedad ha

clavado más de cuatro meses en su lecho, en sus momentos en que el picotazo del dolor físico no lo molesta, pinta; recuerda sobre la tela aquellos cuadros que tomara sobre la escena grandiosa de nuestros campos; recuerda con el pincel y los colores, las horas deliciosas del *pago;* la carreta que vuelve cargada de mercancias al paso adormilado de los mansos bueyes, mientras el carrero con su larga picana marcha al tranco corto de su zaino favorito, silbando un *triste* de luengas cadencias, que tienen tantá melancólica poesia... Y para adormecer más el dolor físico, Gutierrez, recuerda el arroyo de aguas mansas que cruza ondulando por entre abras arenosas y bajo doseles de sauces llorones y de tales enanos que enredan sus frondas en un abrazo de ramas, mientras, las hojas se cuentan, en la hora del crepúscalo, leyendas de tragedias revolucionarias, y quizás el idilio pasado de un amor del pago que fué, en las tardes estivales, á contarles el secreto de sus querellas, arrojando sobre la ola cristalina de la corriente, pétalos blancos de margaritas silvestres.

Exhibe Gutierrez en lo de Prevettoni un lindo, pero de verdad, un lindo cuadro criollo; es un par de ranchos, de esos techos de totora y quinche de tacuara vieja, es una pulpería de campaña, con su tradicional reja de hierro, de la que arriban varios paisanos con sus carretas... El ambiente es nuestro; desde la lanza del piton, que sobresale en primer término, hasta el fondo perdido del último espácio lejano, desde el cielo profundamente azul, hasta los ranchos, la indumentaria sanchezca de los paisanos, todo es cópia fiel de nuestras costumbres, embellecidas por el encanto del Arte, del colorido, de la perspectiva, de la luz... no le ha hecho degenerar á Gutierrez la enfermedad es siempre artista de raza; y sobre todo pintor nacional, que trata sus asuntos criollos con amor de patriota, con cariño de oriental campero.

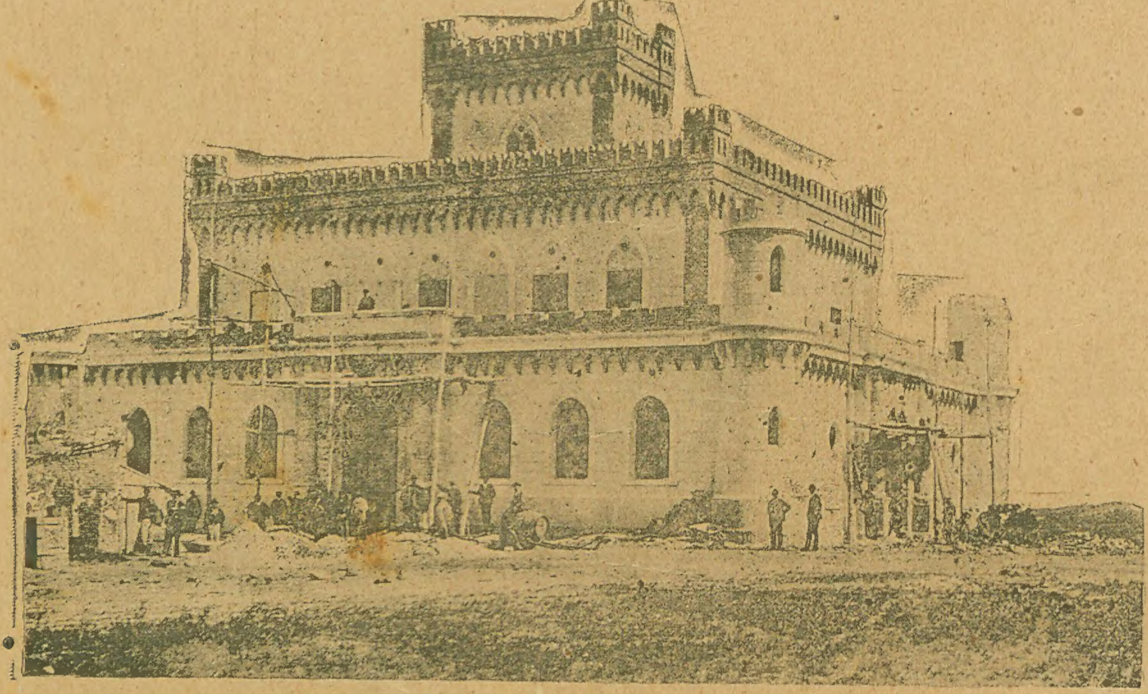
Es delante de ese hermoso cuadro de Gutierrez que he pensado hallar la más acabada y bella alegoria de la paz nuestra. No el gaucho feroz de las contiendas sangrientas pero si la apoteósis sencilla, pero elocuente, del trabajo del paisano: no ya embrutecido en el rojo entrevero de la pelea, pero si regenerado por la labor tranquila que es la que abre espacios más anchurosos á los destinos de la pátria.

***

¿Duraznos en este tiempo—y qué ricos nos los exhibe Sabat en un cuadro de comedór en lo de Maveroff? Es de la fruta mejor pintada que he visto en mucho tiempo.

Y esta nueva muestra de Sabat confirma una vez más mis anteriores juicios cuando la censura sin piedad de los zapateros metidos á criticos, lo fustigaba, de puro gusto, sin querer ver el boton de la futura flor de artista que más tarde ostentaria sus más espléndidos colores.

Con mi bondad al juzgar los artistas, no he tenido que tragarme las censuras hechas; los he estimulado con mi palabra alentadora, ya que los crasos, los guardianes de hierro, no compran más que las coliflores más grandes y dejan las orquideas del Arte de los soñadores que por falta del lastre del oro



Castillo de Piriápolis, en el departamento de Maldonado. —(De un cróquis).

navegan en plena via—láctea de fantasía. Sabat, son dos manos más que se unen para aplaudirle este hermoso cuadro que nos exhibe en estos dias, las mias.

***

Apropósito de frutas, exhibese en lo de Prevettoni un par de cuadros de Meneghni que es de lo bueno que llega á estos pagos, donde nos envian, generalmente, la escoria de los talleres europeos.

Meneghni, es pintor de frutas; un poco de estilo antiguo, lamiendo con lengua de gato, los contornos de los duraznos y las uvas, pero tiene color rico, buenos golpes de luz y tonos intermedios bien estudiados.

R[illegible]UL DE ALCEDA.

NOTAS

Con el objeto de dedicarse á tareas más provechosas que las periodisticas, han abandonado la redacción de la Revista, nuestros estimados amigos señores Juan M. Vallejo Badaró y Juan Armellino.

La separación de estos compañeros no es completa, pues nos han prometido colaborar asiduamente en nuestro semanario, que se considerará honrado publicando trabajos suyos.

Al lamentar la separación de estos amigos, les despedimos cordialmente, deseándoles toda clase de felicidades en las nuevas tareas que emprendan, al mismo tiempo que les ogradecemos el inestimable concurso intelectual que á esta Revista prestaron desde su fundación.

La distinguida profesora y concertista señora María Gútierrez de la Cueva, nos ha honrado con la preciosa Polonesa para piano y mandolino, que recibirán nuestros lectores con el presente número.

La Señora de la Cueva no es una desconocida del público montevideano, que en más de un concierto ha tenido oportunidad de aplaudir su talento y confirmar la fama de que venia precedida desde Europa y la República Argentina.

La señora María G. de la Cueva hizo su carrera en el Real Conservatorio de Madrid, siendo sus profesores, el reputado maestro Zavalza y la no menos notable maestra Francisca Samaniego, ambas, entidades musicales universalmente conocidas.

Hace seis años que en la ciudad de Buenos Aires y ante el tribunal competentisimo del Conservatorio de esa ciudad, dió relevantes pruebas de sus condiciónes como prefesora y como ejecutante, lo que le valió un aplauso unánime y grandes elogios de la Prensa bonaerense y la oferta del señor Juan Gutierrez, director de aquel Conservatorio para que regenteara la clase de piano en su institución musical. En los exámenes correspondientes á los tres años de solfeo y los ocho de piano, obtuvo la señora de la Cueva, en todos ellos la nota de sobresaliente.

Durante seis años, se ha dedicado en la Argentina á la enseñanza de la música, con gran éxito en la ciudad de Chacomús, en la que organizó más de 40 fiestas, siempre á beneficio de las Sociedades de Caridad, de las que era Dama de Consejo y á beneficio tambien, del Hopital Español de Buenos Aires, de igual manera que organizó fiesta patrocinadas por las Sociedades Francesas, Inglesas, Italianas y Españolas, de todas las cuales tiene objetos de arte, como recuerdos, y del pueblo de Chacomús, una gran placa de oro.

Actualmente la Señora de la Cueva es una de los profesores que contribuyen á tener bien alto el renombre del Arte en esta capital. Nuestros lectores conocen ya las bonitas piezas para piano que la señora de la Cueva ha editado durante el poco tiempo que tiene de permanencia en esta ciudad.

Estos solos datos son suficiente garantia para asegurar que la Polonesa *Vida Montevideana* será recibida con verdadero agrado en la sociedad montevideana.

Por haber llegado á última hora no publicamos una estensa crónica, que de la brillante velada celebrada en la noche del viérnes en Solis, nos ha remitido nuestro asiduo colaborador *Indiscreto*.

Establecimiento gráfico á vapor, Convencion 82.